

Discipulado y testificación

El mandato que Jesús nos dio a discipular fue claro: «Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones» (Mat. 28: 19, NVI). Cuando él hacía el llamado, sus instrucciones eran: «Siganme, y yo los haré pescadores de hombres» (Mat. 4: 19, DHH). Jesús recalcó la importancia de dar testimonio, cuando dijo: «De la misma manera, que la luz de ustedes alumbre delante de todos, para que todos vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre, que está en los cielos» (Mat. 5: 16, RVC).

Elena G. de White, aconseja: «Cada verdadero discípulo nace en el reino de Dios como misionero. El que bebe del agua viva, llega a ser una fuente de vida» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 19, p. 171). El apóstol Pedro reitera el mandato que Dios les dio a Moisés y a los israelitas en Éxodo 19, cuando dice: «Pero ustedes son una familia escogida [...] para que anuncien las obras maravillosas de Dios, el cual los llamó a salir de la oscuridad para entrar en su luz maravillosa» (1 Ped. 2: 9, DHH).

Para llegar a ser pescadores de hombres, ser una luz ante los demás, ser fuente de vida y mostrar las alabanzas de Aquel que los llamó, los discípulos deben permanecer en Cristo, la vid verdadera. Únicamente así podrá el discípulo dar fruto. «Yo soy la vid; ustedes son las ramas [...], separados de mí, no pueden hacer nada» (Juan 15: 5, NTV).

Antes de dar testimonio hay que llevar una vida de santidad. El pueblo de Dios ha sido llamado a dar testimonio según las instrucciones de su Palabra y el ejemplo de Cristo. Testificar en la comunidad glorifica a Dios y constituye un ejemplo visible del

evangelio en acción. «Todos los miembros de la iglesia deben participar activamente en la obra misionera dondequiera que se establezca una iglesia» (*Testimonios para la iglesia*, t. 6, p. 299).

Los discípulos reciben una seria advertencia por parte del profeta Ezequiel: «Pero si el centinela ve venir la espada y no toca la trompeta, y el pueblo no se prepara, y viniendo la espada, hiere a alguno de ellos, este fue tomado por causa de su pecado, pero demandaré su sangre de mano del centinela» (Eze. 33: 6).

El discipulado encuentra su plenitud en la testificación. Las barreras y los retos que se presentan al dar testimonio son momentos de aprendizaje. Creemos en la testificación capacitándonos en la Palabra de Dios: «Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2 Tim. 3: 16).

En resumen, veamos lo que dice Jeremías, quien plasma espléndidamente lo que es el fervor y la pasión de la testificación: «Su palabra arde en mi corazón como fuego. ¡Es como fuego en mis huesos! ¡Estoy agotado tratando de contenerla! ¡No puedo hacerlo!» (Jer. 20: 9, NTV). El discípulo es un portador de luz consagrado al mundo; unido a Cristo, la Vid; fortalecido por el Espíritu Santo y santificado por la Palabra de Dios.

Pr. Andre D. Wallace,
director de Escuela Sabática
y del Ministerio de Posibilidades,
Asociación de Jamaica Occidental.